

Santa Beatriz de Silva y la “primigenia inspiración” de la orden de la Inmaculada Concepción

Ramón SÁNCHEZ-ALARCOS DÍAZ
Seminario Mayor
Toledo

- I. Prólogo.**
- II. Santa Beatriz: su vida y maternidad fundacional.**
- III. La Sierva de Dios, Sor Mercedes de Jesús y la “vuelta a las fuentes” de la orden concepcionista.**
- IV. Epílogo.**

I. PRÓLOGO

Con fecha del 8 de septiembre de 1996 las monjas concepcionistas de Alcázar de San Juan recibieron la gran alegría de la aprobación pontificia de unas modificaciones a las *Constituciones Generales* de la orden de la Inmaculada Concepción con las que el Espíritu Santo las llamaba a revivir en la Iglesia el carisma primigenio de la misma orden fundada por Santa Beatriz de Silva en Toledo y aprobada por Inocencio VIII con la Bula *Inter Universa* el 30 de abril de 1489. Pero este día glorioso para estas monjas concepcionistas había supuesto un largo tiempo de preparación y maduración de la renovación conciliar que pedía también a la orden de la Inmaculada una “vuelta a las fuentes”, es decir, una reforma de la vivencia espiritual de las concepcionistas conforme al carisma de la fundadora.

Nuestro trabajo tiene como principal objetivo resaltar en este año de la Eucaristía y de la Inmaculada, cómo Dios mismo ha querido que esta orden recuperase en plenitud su primigenia inspiración, es decir, el carisma fundacional concepcionista, que ha de informar todo el ser y la misión de esta orden en la Iglesia, y que no es otro que la contemplación y alabanza del misterio de la Concepción Purísima de la Virgen María y su vivencia fructuosa en el claustro por parte de las concepcionistas, de modo que la humanidad entera retorne al conocimiento y amor del Padre, origen y fin de todas las cosas. Ésta fue la obra de Santa Beatriz, fundadora de esta nueva familia de vírgenes en la Iglesia y ésta es la que ha sido retomada y vivida de una manera singular por la Sierva de Dios Mercedes de Jesús, en obediencia al Espíritu Santo y a la misma Iglesia. Todo esto, nos lleva al agradecimiento a la Santísima Trinidad por las maravillas que hizo en la Inmaculada Virgen María y a considerar la importancia de la orden concepcionista en su aportación particular al cariño del pueblo español hacia la Madre de Dios en el soberano privilegio de su Concepción Inmaculada.

Por todo ello, conscientes del significado y el valor de la orden de la Inmaculada Concepción, intentaremos aproximarnos a ella fundamentalmente en dos pasos: la vida y maternidad fundacional de Santa Beatriz de Silva, y la obra de la madre Mercedes de Jesús, concepcionista, ambas seguidoras intrépidas de la Inmaculada Virgen María.

II. SANTA BEATRIZ: SU VIDA Y MATERNIDAD FUNDACIONAL¹

Beatriz de Silva nació hacia 1433-1434 en Campo Maior (Portugal) según nos transmite la tradición mayor documentada. Hija de don Ruy Gómez de Silva, destacado militar descendiente de la nobleza española y de doña Isabel de Meneses, recibió junto a sus diez hermanos una esmerada educación cristiana, apareciendo muy pronto en ella una piedad y una devoción muy especial al misterio de la Purísima Concepción de la Virgen María. En el hogar paterno aprendió Beatriz las virtudes humanas y cristianas de una familia noble, viniendo a Castilla en 1447 como dama de la reina doña Isabel, esposa de don Juan II. La hermosura de Beatriz despertó celos y envidias entre los grandes de la corte, que la pretendían en casamiento, pero ella, enamorada de otra hermosura mayor, desechó tales pretensiones. Todo esto desazonó el corazón de la reina hasta el punto de decidir encerrarla injustamente en un baúl para acabar con su vida. Es allí donde Beatriz, en momentos de angustia y encarcelamiento recibe la visita maternal de la dulcísima Virgen María que le encarga la fundación de una orden en honor de su Inmaculada Concepción. Podemos decir, que en este momento Beatriz, es “marianizada”, preparada por Dios con el carisma fundacional, que la dispone a la misión de madre y fundadora de la orden concepcionista.

Beatriz, al contemplar la hermosura original de María, su ausencia de pecado, su amor, su armonía, paz, felicidad y santidad, queda extasiada de la Virgen Madre y siente el deseo de consagrarse a Cristo, en perpetua virginidad y vivir de ese espíritu que la Inmaculada tiernamente le había transmitido. Ya no tienen para ella valor los honores, ni la riqueza, ni la honra. Sólo Cristo Jesús y María Inmaculada ocuparán ahora la profundidad de su corazón. “Es aquí donde

1. DE JESÚS EGIDO, Sor M., *Santa Beatriz de Silva, Fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción*, Alcázar de San Juan 1990, 115 pp.

aparece en toda su belleza y plenitud el carisma propio de Beatriz y su experiencia mística religiosa, germen de la orden concepcionista. María se le manifiesta radiante de amor y pureza inmaculada, penetrando todo su ser con su presencia dulcísima. Beatriz, contemplándola, queda arrobada y su alma místicamente marianizada, al mismo tiempo que escucha de María el designio divino de que se perpetúe y cante en el tiempo mediante una orden, esa pureza inmaculada que está haciendo las delicias de su alma.”² Como vemos, este momento importante de la vida de Santa Beatriz, configurará su vocación y carisma genuinamente concepcionista. Y esta experiencia de la Virgen sin mancha de pecado será la que comunique a sus hijas y conforme la existencia consagrada de la futura orden.

La llegada del tío de Beatriz, don Juan de Silva y Meneses, obligó a la reina a abrir el cofre donde encontraría los restos de su joven dama. Pero la venganza no pudo ser consumada. Dios salió al paso de la tiranía de la reina: Beatriz se levantó de la prisión irradiando la luz y la alegría de Dios. ¡Qué paradoja! Y es que en el fondo de todo, no estaba sino el misterio: el de la elección por parte de Dios y de María a la joven Beatriz para fundadora de la orden de la concepción. Después de este milagro, Beatriz, acompañada de algunas doncellas abandonó el palacio de Tordesillas y marchó con su comitiva a la ciudad de Toledo, presurosa al encuentro de Aquél y de Aquella por quienes había quedado seducida: “De muchos corazones codiciada, en la corte real era una perla, mas ella iluminada, se fue tras otra perla y todo lo dejó por poseerla. [...] Huyó por calles, pueblos y caminos, buscándole a su amor lugar seguro, que los goces divinos, de amor virginal puro, se dan mejor tras el bendito muro”³.

Así de enamorada llegó a Toledo la bella peregrina. Y necesitaba el silencio, donde poder escuchar a Dios, vivir sus misterios, unirse a Él. Para ello, decidió vivir entre los muros del monasterio de Santo Domingo “El Viejo” preparándose para la obra que el Señor le iba a encomendar, viviendo con perfección su entrega, despojándose de las riquezas de sus vestidos y poniéndose al nivel de las monjas más humildes. De esta manera, Beatriz aprendió a buscar a Dios en el ocultamiento del claustro, y permaneciendo en su condición seglar,

2. ID., *El carisma fundacional de Santa Beatriz de Silva*, www.monjasconcepcionistasdealcázar.com.

3. Himno del Oficio Litúrgico de la Santa, en DE JESÚS EGIDO, SOR M., o. c., p. 47.

deseó la santidad de Dios amando profundamente el misterio eucarístico de Jesucristo y abrazándose a su pasión redentora.

Durante esos años de estancia en el monasterio, Beatriz, como Abraham, como María, aquilató su fe guardando en su corazón las palabras de la Señora, acogiendo el desierto, la soledad, la aridez y el desarraigo para ser terreno fecundo para su Esposo. Numerosos son los testimonios que afirman que su oración era continua y fervorosa. Dios mismo, como dice la oración colecta de su fiesta litúrgica “la hizo resplandecer por su altísima contemplación, adornándola con una devoción singular para con la Virgen María en el misterio de su Concepción Inmaculada”. Creció en el silencio monástico, viviendo la clausura con un profundo sentido de intimidad con el Amado y ocultando su rostro con un velo que llevaría de por vida como signo de su unión sponsal con Cristo. A Él siguió e imitó en su obediencia al Padre hasta la muerte (cfr. Flp 2, 8), obedeciendo a las superiores y prelados del Monasterio como la última de todas. Tras una treintena de años en el Císter toledano, la Virgen Inmaculada vuelve a aparecerse para urgirle ya la fundación de la nueva orden. Y Beatriz, impulsada por el Espíritu Santo, acepta el mandato de María para incrementar la santidad de la Iglesia y levantar la fe del pueblo español, en que desde siglos reinaba la devoción inmaculista.

La ocasión vino dada por la reina Isabel la Católica, que donó a Beatriz los palacios de Galiana, contiguos a la capilla de Santa Fe, a los que se trasladó en 1484 con doce compañeras para iniciar la nueva forma de vida, convirtiendo aquellas instalaciones en el primer claustro concepcionista. Pasados cinco años, Beatriz, pidió a la Iglesia la aprobación de su orden que Inocencio VIII definitivamente confirmaría el 30 de abril de 1489 por la ya citada Bula *Inter Universa*. En ella quedaban expuestos los aspectos esenciales de la orden concepcionista: regla del Císter, abadesa, hábito blanco y manto azul celeste con la imagen grabada de la Virgen María, Oficio divino de la Concepción, clausura y sumisión al ordinario del lugar.

La bula fundacional fue anunciada prodigiosamente a Santa Beatriz por un mensajero celestial, San Rafael, a quien ella tenía devoción desde pequeña. Pero la prueba de fuego que afianzaría en la fe a la Santa Madre sería la noticia del naufragio del barco que traía la bula a España. De esta forma, al permitir Dios este contratiempo, se consumó la perfección de Beatriz, y se puso de manifiesto que la nueva vida concepcionista le pertenecía a Él. Beatriz, purificada con la aceptación amorosa del designio de Dios, esperó en Él y encontró

de forma milagrosa la bula al abrir un cofre. En el 1491, tras una solemnísimas procesión por la ciudad de Toledo, se ejecutó la bula por la que se erigía canónicamente el primer monasterio de la Purísima Concepción.

Después de todo ésto, Beatriz recibió la visita de María, que le anunció que pronto iría a gozar de la presencia de Dios en el cielo. Pero antes de ese momento, un día, estando ella en oración, vio que la lámpara del Santísimo Sacramento estaba apagada y que luego, volvía a encenderse. Escuchó una voz advirtiéndole de las persecuciones que como la Iglesia sufriría su orden, pero también, que al fin, sería ensalzada y extendida por todas las partes del mundo. Esta revelación, cumplida posteriormente, y los prodigios que acompañaron la muerte de Santa Beatriz, nos hablan de la categoría de su santidad. Al serle administrada la unción salió un brillo resplandeciente de su rostro y una estrella apareció en su frente hasta su expiración. Luces y estrella cerraron los ojos a esta vida el 17 de agosto de 1492, en el octavario de San Lorenzo. Con Jesús agonizante en la cruz, pudo exclamar “Todo está cumplido” (Jn 19, 30).

No podemos olvidar también, por otro lado, que una vez que las apariciones de la Virgen María vestida de blanco y azul a Santa Beatriz de Silva se divulgaron, los seglares comenzaron a llevar sobre sus pechos y espaldas trozos pequeños de tela azul con la imagen de la Inmaculada, siendo el papa Julio II el que posteriormente concediese indulgencias a los que lo portasen. De esta manera surgió el Escapulario azul en Castilla, antes de que se propagase con la Venerable Úrsula Benicasa⁴.

La beatificación de Beatriz de Silva por “vía de culto” tuvo lugar el 28 de julio de 1928 por el papa Pío XI, y la canonización por “vía de no culto”, movida principalmente por las Concepcionistas de Tacubaya (México), el 3 de octubre de 1976 por el papa Pablo VI. Actualmente la Orden de la Inmaculada Concepción cuenta con alrededor de 150 monasterios extendidos por Europa y América.

Pero para profundizar en el conocimiento de su carisma fundacional, que como hemos visto está contenido en el título de la orden, no podemos perder de vista algo que nos pone en relación directa con lo que el Espíritu Santo ha suscitado en la Sierva de Dios, Mercedes de Jesús. Nos referimos a la “vuelta a las fuentes” que el concilio Vati-

4. PÉREZ, N., *Historia mariana de España*, Toledo 1993, t. I, p. 760.

cano II ha impulsado en el decreto *Perfectae Caritatis*: “La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, al mismo tiempo, un retorno incesante a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los institutos, y una adaptación de éstos a las condiciones de los tiempos, que han cambiado. Hay que promover esta renovación, bajo el impulso del Espíritu Santo y la dirección de la Iglesia [...]”(PC 2)⁵.

Y es que conforme a los datos tan básicos y esenciales que de la vida de Santa Beatriz, si tuviéramos que destacar una palabra que definiese, es decir, que enmarcase con precisión la espiritualidad propia de la orden, ésta no sería sino la de “Inmaculada”. El carisma primigenio de la orden es el concepcionista. Esto ha de ser acentuado, pues éste ha sido el designio de Dios que la Iglesia ratificó con la aprobación fundacional de la orden a finales del siglo xv. Se nos plantea, ahora pues, el hecho de que muchos monjas de la orden reciban el calificativo añadido al de concepcionistas de “franciscanas”, e incluso que se considere a la orden como franciscana, a excepción de algunos monasterios, que sin serlo, continúan perteneciendo a la misma. Se trata, pues, de abordar el hecho de la “franciscanización” de la orden de la Inmaculada.

Sin minusvalorar la riqueza y la abundancia de santidad que la familia franciscana ha aportado a la Iglesia y respetando ante todo la propia espiritualidad franciscana que caracteriza a toda la familia de San Francisco, hemos de afirmar que la orden que fundó Santa Beatriz, en su origen, no es ni puede denominarse franciscana. Para ello, recurrimos a las tesis aportadas por la Sierva de Dios, Madre Mercedes, en su ponencia *El Carisma fundacional de Santa Beatriz de Silva* tenida lugar en el Primer Congreso Internacional de la Orden Concepcionista en León con motivo del V Centenario de la Bula *Inter Universa*, en el año 1989. No vamos a desarrollarlas, sino que nos acercaremos a ellas para comprender mejor la espiritualidad concepcionista.

En primer lugar se debe recordar que Santa Beatriz no era franciscana, aunque hubiera entablado buenas relaciones con algunos franciscanos y que su orden no recibió de ella el espíritu franciscano, pues como veremos en la *Segunda Minuta* de petición de la funda-

5. “Decreto Conciliar *Perfectae Caritatis*”, en *Concilio Ecu­mé­nico Vaticano II, Constituciones. Decretos. Declaraciones*, Madrid 1999, p. 471.

ción, ella no escogió la regla de San Francisco para su orden. Además, el papa Pablo VI, en el decreto *Preclara Ordinis* sobre la canonización de Santa Beatriz del 3 de octubre de 1976, denomina por cuatro veces a las monjas de la orden de la Inmaculada “concepcionistas”⁶.

En segundo lugar, se debe afirmar que todas las influencias franciscanas de la orden concepcionista se deben a los observantes de Castilla, los cuales, en el ambiente de reforma, encauzaron a la naciente Orden Concepcionista por la observancia franciscana, cambiándole su propio modo de ser o esencia. Luego, la “franciscanización” de las concepcionistas bien puede decirse ser fruto de la reforma dirigida por el cardenal Cisneros, y no deseo de la fundadora, Santa Beatriz. Así, el 19 de agosto 1494, la Bula de *Ex Supernae Providentia*, de Alejandro VI, extinguía la regla del Císter para las concepcionistas e instituía la de Santa Clara, y más tarde, el 1 de septiembre de 1494, la Bula *Apostolicae Sedis* extinguía la orden de San Benito en el Monasterio de San Pedro de las Dueñas de Toledo, fusionándolo con el de la Concepción, bajo la regla de Santa Clara, transfiriendo al mismo todos los bienes del monasterio extinguido. La Bula *Pastoralis Officii*, del 19 de febrero de 1506, mandaría el traslado de las concepcionistas del monasterio fundado por Santa Beatriz, al de San Francisco donde se encuentran actualmente, dejando extinguido el Monasterio Cuna y Casa Madre de la orden de la Inmaculada Concepción. Finalmente, el papa Julio II concedería una regla propia a la orden por la Bula *Ad Statum Prosperum* del, 17 de septiembre de 1511, documento en el que, salvándose el carisma de Santa Beatriz, se percibe una gran influencia de la observancia y espiritualidad franciscanas. Esta regla deja a las concepcionistas bajo el cuidado de los frailes Menores.

Pero pasemos a tratar los elementos constitutivos de la orden que aparecen en las *Minutas* de las peticiones de la Santa Madre al papa Inocencio VIII para la aprobación de su forma de vida monástica y en la bula fundacional de la orden concepcionista.⁷ En la *Primera Minuta*, del 5 de febrero de 1489, la reina Isabel la Católica, junta-

6. BAZ, J., *El Calvario de un Lirio, Estampa sobre la vida de Santa Beatriz de Silva, Fundadora de las Monjas Concepcionistas*, Alcázar de San Juan 1982, pp. 165-171.

7. *Regla, Constituciones Generales y Estatutos de la Orden de la Inmaculada Concepción*, Alcázar de San Juan 1996, pp. 9-25.

mente con Beatriz de Silva, piden al Santo Padre la erección de un monasterio de monjas en honor de la Inmaculada Concepción de María, en el que las mujeres que allí estuvieren vivirían la regular observancia y estarían consagradas a Dios y a su Santísima Madre. La abadesa o priora, así como las otras monjas deberían observar la disciplina regular y guardar perpetuamente clausura y estarían obligadas a llevar el hábito religioso constituido por la túnica y el escapulario blanco, manto azul, una imagen de la Virgen María, adherida al escapulario y manto y ceñidas con un cingulo de lana blanca.⁸ Asimismo, Beatriz pide el rezo del Oficio divino de la Concepción de la Virgen María dependiendo su modalidad de las distintas fiestas litúrgicas y el sometimiento al arzobispo de Toledo. Y la *Segunda Minuta*, del 21 de febrero de 1489, hemos de destacar cómo la reina Isabel la Católica refiere al Romano Pontífice la elección por parte de Beatriz de la regla cisterciense para su orden.

En la bula fundacional de la orden se vuelve a mencionar el deseo de Beatriz y de sus compañeras de vivir en el monasterio bajo regular observancia y sirviendo al Altísimo y a la bienaventurada Virgen María. La autoridad del papa Inocencio VIII aprobó la erección de un monasterio de la regla cisterciense bajo el título de la Concepción y bajo la jurisdicción del arzobispo de Toledo (cf. nn. 3-4). Respecto a la indumentaria de la nueva orden, la Bula *Inter Universa* recoge las peticiones de Beatriz de Silva a excepción del cordón de cáñamo al estilo de los frailes Menores, no contemplado en las súplicas de la reina y de Beatriz (cfr. n. 4). Además se concede lo relacionado con el Oficio de la Concepción y la norma de la clausura papal (cfr. nn. 4-5). Aunque no vamos a considerar las posteriores bulas de la orden hasta la definitiva regla de Julio II del 17 de septiembre de 1511, hemos de afirmar que a lo largo de ellas, aunque va apareciendo una notable influencia franciscana, siempre quedan vigentes los elementos esenciales concepcionistas de la bula fundacional: los elementos referidos al hábito, al Oficio divino de la Concepción y la clausura de las monjas.⁹

Nos llama la atención, después de todo esto, que ninguna palabra y ningún escrito de Santa Beatriz han llegado hasta nosotros.

8. Este último requisito aparece tachado con dos llamadas que aluden al cordón de cáñamo al uso de los Frailes Menores, el cual es recogido en la Bula *Inter Universa*.

9. *Ibid.*, pp. 26-43.

Esto mismo fue recordado por el papa Pablo VI en la homilía de la canonización de Santa Beatriz. Pero la Santa Madre hoy tiene mucho que aportar a la Iglesia y al mundo. Decía el papa en dicha homilía: “Santa Beatriz de Silva quiere decirnos todavía una última palabra [...] Es, quizá, la palabra más importante, porque en ella está encerrado el secreto de su experiencia espiritual y el de su santidad. Esta palabra es el nombre de María y más concretamente el de María Inmaculada. La blanca limpieza de la Virgen fue el ideal de su vida”¹⁰.

Y es que de la contemplación del soberano misterio de la Purísima Concepción de la Virgen María, Santa Beatriz extrajo toda la fuerza espiritual para dedicarse por completo a Dios, imitando el ejemplo de la misma Madre de Dios, de su silencio y de su humildad. En Ella, Beatriz descubrió las raíces santas del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza (cfr. Gn 1, 26) y llamado a la intimidad con Aquél que le dio existencia, y que Jesucristo nos ha revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo. En María Inmaculada halló las delicias de su alma, de su deseo de Dios: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío” (Ps 41, 1). Ella, en efecto, ha sido elegida por el Altísimo como Monte de salvación, como Morada perfecta del Verbo Redentor. En limpieza de María, Santa Beatriz gustó el amor de Dios que creó al hombre para que le alabara y le sirviera. En ella, resplandece, en fin, la santidad de Dios, la no relación al pecado, origen de todo mal.

“Santa Beatriz de Silva fundó la orden de la Inmaculada Concepción para el servicio, la contemplación del misterio de María en su Concepción Inmaculada. Las concepcionistas se obligan a vivir las actitudes de María en el seguimiento de Cristo” (CCGG de la Orden, 9)¹¹. “La concepcionista realiza el seguimiento de Cristo, a ejemplo de María, en el silencio que facilita la escucha de la Palabra, en la obediencia a los planes de Dios sobre el mundo y la propia persona, en las sencillas tareas cotidianas de la vida y en la entrega generosa de la capacidad de amar, del deseo de poseer y de la libertad de disponer libremente de la propia vida (Lc 1, 38)” (CCGG de la Orden, 13)¹².

10. PABLO VI, “Homilía en la canonización de Santa Beatriz de Silva”, en *L’Osservatore Romano*, Año VII, n. 41 (1976) 2 (462); 11 (471).

11. O. c., p. 72.

12. O. c., p. 73.

En estos textos vemos cómo las concepcionistas, tienen una especial obligación de imitación de la Virgen María. Si todo cristiano ha de vivir también como mariano, porque ciertamente es hijo de la Santísima Virgen, cuánto más estas monjas han de vivir conforme a lo que son: concepcionistas, es decir, seguidoras de la santidad original de María, significando en el mundo y en la Iglesia, aquel primer pensamiento de Dios sobre el hombre, de llamarlo a la comunión íntima con Él, proyecto roto libremente por el hombre con el primer pecado pero recuperado y ampliado infinitamente por la sangre de Cristo, que limpió a María en su concepción, de la herencia de Adán. Ella es la Nueva Eva que coopera de forma magnífica a la obra redentora del Nuevo Adán.

Espiritualidad de santidad, podría ser el resumen del rasgo distintivo de esta orden, surgida en España en un momento de clara decadencia en la vida de la Iglesia. Y espiritualidad que, aunque con cinco siglos de historia, está aún por redescubrirse en toda su plenitud. Ciertamente que Beatriz, en este Año de la Inmaculada, quiere invitarnos a mirar a María, y en esta contemplación, guardar como Ella en el corazón (cfr. Lc 2, 19), todo lo que Dios ha hecho y quiere seguir haciendo por el hombre. En María, el Padre contempló la morada perfecta para su Hijo, el Arca Sagrada del Redentor. Cristo la asoció a sus Misterios constituyéndola en Corredentora y Madre de todos los hombres. El Espíritu Santo obró en Ella el milagro de su santidad original a la que Ella cooperó con una fe integérrima y un amor perfecto. Esposa y Templo del mismo Espíritu, ahora acompaña a la Iglesia y a su orden concepcionista en su peregrinar hacia el cielo, que no es sino el fin del hombre, Dios mismo. El pecado no tiene la última palabra, ésta corresponde a Dios. “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, [...] por cuanto nos ha elegido en él, antes de la fundación del mundo, para ser santos e irreprochables en su presencia, en el amor” (Ef 1, 3-4).

Por eso, con todas las concepcionistas alabamos y bendecimos a la Inmaculada Virgen por medio de las palabras de la antífona mariana *Tota Pulchra*: “Toda pura eres, María. Toda pura eres, María. Y mancha original no hay en Ti.”¹³.

13. DE JESÚS EGIDO, SOR M., o. c., p. 79.



Faustino Sanz Herraz, Grupo escultórico del Misterio de la Inmaculada Concepción, Alcázar de San Juan, 1973.



*Sor Inmaculada López de Lama, O.I.C., Santa Beatriz de Silva,
Alcázar de San Juan, 1973.*



*La Sierva de Dios Sor Mercedes de Jesús, O.I.C.,
en una visita a la Sede Apostólica, Roma, 1978.*

III. LA SIERVA DE DIOS, SOR MERCEDES DE JESÚS Y LA “VUELTA A LAS FUENTES” DE LA ORDEN CONCEPCIONISTA

A continuación nos dedicaremos a centrarnos en la figura y la obra de la Sierva de Dios, Sor Mercedes de Jesús Egido Izquierdo, a la que hemos mencionado con amplitud anteriormente, y que ciertamente personifica la vuelta a las fuentes genuinamente concepcionistas en las que el concilio ha insistido para efectuar la renovación de la vida religiosa. Si nuestro trabajo quiere ser una exposición de cómo la Inmaculada Concepción constituye la razón de ser de la orden concepcionista, se nos presenta la ocasión propicia para analizar la aportación de madre Mercedes, que desde luego ha sido singular para la misma y sobre todo un regalo del Señor, que ha actualizado el mensaje de Santa Beatriz, velado en su integridad por determinadas circunstancias históricas.

Aunque todavía no se ha editado ninguna biografía divulgatoria de la Sierva de Dios, basten algunos de los datos básicos que ahora vamos a mencionar para aproximarnos a su vida¹⁴. Nacida en Salamanca, el 29 de marzo de 1935, y bautizada con el nombre de María del Rosario, fue la más pequeña de una familia de sastres. Sin cursar ninguna clase de estudios superiores, ingresó en el monasterio de la orden de la Inmaculada Concepción de la Puebla de Montalbán (Toledo) el 25 de octubre de 1953, después del fallecimiento de su padre. Ya desde su período de noviciado destacó por su vida virtuosa y su gran deseo de perfección. Tomó el hábito religioso el 27 de abril de 1954, realizando la profesión temporal el 12 de mayo de 1955, y finalmente la profesión solemne el 16 de mayo de 1958. Fue trasladada al Monasterio de la Inmaculada y Santa Beatriz de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), por la Federación, en 1964, como abadesa la fundadora del nuevo monasterio de esta ciudad porque el antiguo amenazaba en ruinas. Durante treinta y cinco años ejerció con santidad el oficio de abadesa. Fue el Espíritu Santo, auténtico impulsor de la adecuada renovación de la vida religiosa propiciada por concilio Vaticano II, el que despertó en ella un deseo fuerte de fidelidad a la fundadora de la orden concepcionista, y de vivir consecuentemente de acuerdo con el propio carisma concepcionista, que evoca en el mundo el proyecto amoroso de Dios para con el hombre, res-

14. *Biografía de Madre Mercedes de Jesús*, en www.monjasconcepcionistasde-alcázar.com.

taurado singularmente en María, la «Tota Pulchra», por los méritos de Cristo.

Murió el 3 de agosto de 2004, en el novenario de San Lorenzo, en el Monasterio de Alcázar de San Juan, en olor de santidad, siendo presidida la Santa Misa exequial por el obispo emérito de la diócesis prioral, don Rafael Torija de la Fuente, acompañado de diecinueve sacerdotes concelebrantes y muchos fieles. Recogemos a continuación algunos textos de don Rafael en dicha Misa: “He aquí que la llamada de la madre, tiene lugar precisamente cuando la Iglesia se dispone a conmemorar solemnemente el ciento cincuenta aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción. [...] Es como si nuestra madre Mercedes se hubiera querido adelantar para estar ya desde ahora mismo, gozando de esta fiesta de la Iglesia, pero ya en el Cielo [...] Que en paz descansa. Que reciba toda la inconmensurable bienaventuranza, que por los méritos de Cristo y con la ayuda de la Inmaculada Virgen María, ella seguramente ha conseguido a lo largo de toda su vida cristiana y consagrada [...] Nos estimula también en nuestra vida cristiana, recordar el ejemplo de la madre Mercedes: ejemplo de oración, de perseverancia, de recogimiento en la clausura, de confianza en la Providencia de Dios, de fraternidad, dentro y más lejos de los muros del convento. El espíritu de comunión con la Iglesia, de vida de Dios y en Dios [...] Su vida, sus escritos que vosotras [concepcionistas] sin duda conocéis bien, su ejemplo, nos ilumina y además nos fortalece. Tenedlo seguro: vais a ser más fuertes, vais a tener más vigor todavía, porque tenéis una intercesora fuerte y valerosa junto al Padre”¹⁵.

El 22 de noviembre del pasado año, la diócesis de Ciudad Real concedió el título de Sierva de Dios a la madre Mercedes así como aprobó una oración para uso privado, pidiendo su glorificación. La rapidez de este hecho ha sido motivada por la petición de las mismas concepcionistas, que han recogido muchos clamores de fieles que se han encomendado a la madre así como de algunos favores que algunos han presentado atribuyéndolos a su intercesión. Ante todo hay que dejar muy claro, que en este asunto, hemos de remitirnos siempre al juicio de la Iglesia. Sin negar esto y antes de pasar a considerar la espiritualidad concepcionista que ella fielmente ha vivido, no podemos dejar de acercarnos a algunas de sus virtudes.

15. TORIJA R., *Homilía en las Exequias de Madre Mercedes de Jesús*, en www.monjasconcepcionistasdealcazar.com.

Cristiana y concepcionista, imitó el silencio y la clausura de Santa Beatriz, dedicándose mucho a la oración, al recogimiento y a la vida interior. Fue una auténtica madre para sus monjas y para los fieles que se acercaban al monasterio. Su bondad se dejó ver con cuantos trataba, así como su profunda humildad. Infundía paz y sosiego porque vivía de Dios y su corazón rebosaba en amor al Señor. Como abadesa, ejerció este servicio con seriedad y responsabilidad, siendo como la última de las monjas. Buscó sobre todo la gloria de Dios, queriendo hacer siempre su santísima voluntad. Mujer fervorosa, invitaba a la devoción a cuantos la veían y muy mortificada para el Señor. Practicó una gran austeridad tendiendo siempre a la perfección. Porque llevaba a Dios dentro de sí, vivió la misericordia para con su comunidad, siendo una auténtica maestra espiritual. Lejos de mostrarse lejana para con los hermanos, con todos ejerció la caridad, manifestando con su comportamiento, el amor del Padre. Muy unida a la cruz de Cristo, pasó por grandes sufrimientos sin queja alguna.

Tuvo un especial cariño al Padre celestial, de ahí que pidiese le fuese cantado en el momento de su despedida de este mundo las palabras de Jesús a María Magdalena "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro" (Jn 20, 17). Asimismo veneró con gran ternura a la Inmaculada Virgen María y a Santa Beatriz de Silva. Su vida y su muerte han sido un testimonio elocuente de la presencia y de la acción de Dios. No tienen ningún desperdicio las palabras de la Sierva de Dios acerca de su propia experiencia espiritual que recogemos del artículo *Con María, tu Madre*, que escribió en el libro *¡Felicidades, Jesucristo!*¹⁶: "Dejando atrás aquel día en el que entendí mi misión, algo que hablaba de cielo, de recogimiento, de perfección; algo que después de consagrada a ti, mi Dios, la Iglesia, mi Madre, el carisma fundacional, y el misterio de María en su limpia Concepción desveló. Dejando esto, mi Cristo, recuerdo aquel fluir de tu amor que a mi espíritu alcanzó, con el que tú quisiste decirme qué era yo. Y me llevaste a tu Padre, y me metiste en su amor. [...] Pero ¿qué es ésto que siento, Padre, que mi alma jubiló -le dije-, que amándote impulsada por la fuerza de tu Amor, hállome amándome yo? ¿Cómo no ha de ser así -su luz divina me habló- si tu principio está en mí sin haber separación? Yo soy tu Creador, tu Padre, ¡el Dios que te alumbró! Te di mi carne, mi sangre, ¡mi espíritu!, me di-

16. O. c., pp. 95-96.

jiste, Cristo, que soy parte de ti, Redentor, a causa de mi pecado, que tu carne inmoló”. Ciertamente que estas palabras reverberan el amor de Dios y la experiencia de un alma henchida de él. En ellas late con gran fuerza el carisma concepcionista de retorno a los brazos limpios de un Dios que no abandona al hombre tras el pecado (cfr. Plegaria Eucarística IV) sino que en Cristo y en María, le ha tendido un brazo para que suba hasta Él.

Y esta espiritualidad, ya sin ningún añadido franciscano, es la que es la que está recogida en las *Constituciones Generales* de 1996 que ya hemos mencionado, a lo largo de las cuales se palpa la vocación concepcionista, como llamada particular de Dios a desposarse con Cristo, el Señor, siguiéndole con María en obediencia, pobreza, castidad y clausura y haciéndose un sólo espíritu con Él, secundando la acción del Espíritu Santo. Para ello cuentan con los poderosos instrumentos de la oración y la penitencia vividos en comunión con las hermanas de la misma comunidad y siguiendo los ejemplos de Cristo y de su dulcísima Madre. Es también la que se refleja en el escudo de la orden, constituido por una parte por los elementos característicos de la fundadora: la estrella y el león, sobre fondo rojo y el báculo abacial, y por otra, por el anagrama de María con las palabras *Tota Pulchra* referidas al Misterio de la Inmaculada Concepción, sobre fondo azul. Todo ello coronado por la Cruz de Cristo.

La consagración concepcionista es considerada por madre Mercedes en la obra *Hacia el amor perfecto, desde el Monte Santo de la Concepción*, que es su principal legado espiritual, como una escalada que la monja de esta orden hace hasta el monte escogido por Dios para habitar, para encarnarse, para redimir y santificar al hombre, que es María Santísima. En este libro, tras un preámbulo en el que se justifica la publicación de esta obra y un capítulo donde se nos presenta la razón del título, se describe con gran fineza espiritual el carisma propio de la orden concepcionista. Los capítulos de esta obra van precedidos de algunos párrafos de los *Estatutos* del monasterio alcazareño, donde se concentran los distintos temas. Además, a modo de hilo conductor aparece continuamente el *Cantar de los Cantares*.

Así, el punto de partida es la creación del hombre. Dios Trinidad es el fundamento de la espiritualidad concepcionista, porque éstas viven su vocación específica en la Iglesia, guardando en el corazón la iniciativa divina de llamar al hombre, en su propia creación, a la santidad, y contemplando que este proyecto fue alterado por el pecado de Adán y salvado en la Virgen Inmaculada, por medio de la re-

dención de Cristo, restaurador del orden original y dispensador de la gracia santificante. La espiritualidad de la orden evoca el Nuevo Paraíso recreado por Dios, el lugar de amistad y comunión entre Dios y el hombre, donde el pecado no tiene cabida, porque allí sólo reina el Señor: "Habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león pacerán juntos: un muchacho pequeño los pastorea [...] No harán daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país de ciencia del Señor, como las aguas colman el mar" (Is 11, 6-9).

Pero la Sierva de Dios no pasa por alto el pecado que hay en el hombre aún después de la redención de Cristo. De ahí que la concepcionista ha de ir avanzando en hacer el vaciamiento o despojo de todo lo que no sea Dios o tienda a Él, para entrar en su espíritu santificador. De esta convicción brota una conversión auténtica donde la concepcionista mira al Divino Redentor, humillado para salvarnos.

Pero el corazón del libro que venimos comentando se halla en la consagración. En efecto, la concepcionista consagrada por los votos monásticos al servicio de Dios y de la bienaventurada Virgen María en el misterio de su santidad original, une su consagración a la Cristo, el Consagrado del Padre, en quien se halla la misma santidad del Padre y comienzo de la nueva creación, la del hombre creado en santidad y justicia (cfr. Ef 4, 23-24). Pero la concepcionista renueva su amor al Esposo asociándose a los pasos redentores de Cristo, para liberar al hombre del pecado y a su propia inmolación en la cruz. De esta manera la redención va posesionándose de la existencia de la monja concepcionista y restaurando en ella la santidad original. La consagración de la concepcionista está vinculada pues, a la kénosis de Cristo, al vaciamiento de su categoría divina, a su renuncia al gozo de una situación constante de felicidad material y su aceptación de una situación constante de humildad, haciéndose hombre obediente hasta la cruz (cfr. Flp 2, 6-11). Y la Sierva de Dios señala tres caminos para la vivencia de la consagración concepcionista: el desarraigo, el amor y la obediencia a la vocación. De esta consagración de la que es expresión el propio hábito -blanco para el hábito, cíngulo de lana y escapulario, celeste para el manto azul- brota también la misión de las concepcionistas, cuya alma empapada de Dios ha de ser ofrecida a los hombres que lleguen al monasterio como ayuda y testigo vivo de la presencia de Dios en el mundo.

Seguidamente, continúan cuatro capítulos que explicitan la consagración concepcionista que corresponden a los cuatro votos de

obediencia, castidad, pobreza y clausura. La obediencia es la virtud fundamental en la que se apoya la espiritualidad concepcionista porque si “por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos” (Rm 5, 19). La obediencia de la concepcionista es prolongación en el mundo de la de Cristo y de María. Su fundamento es la dependencia o relación amorosa de Dios, lo cual no lleva a una despersonalización de la propia vida sino todo lo contrario, pues, por la obediencia, se vive en la armonía original restaurada por la obediencia de Cristo, el cual lleva a la concepcionista a corre-dimir con Él, imitando la obediencia de la Inmaculada Virgen, y haciendo así retornar los hombres a Dios. Madre Mercedes enseña que la obediencia es fuente de vida, de amor y de santidad. Y es que en la mente y la vida de Cristo rezuma la obediencia, expresión de su filiación divina: “Aquí estoy, Señor para hacer tu voluntad” (Hb 10, 9). Y junto a la obediencia de Cristo, la de la Inmaculada Virgen “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí, según tu palabra” (Lc 1, 38). Cristo nos hace volver al Padre obedeciendo, y no de otra manera.

Por otro lado, la consagración concepcionista se expresa en la castidad, que la Sierva de Dios llama también “amor consagrado”. Es en este capítulo donde la dimensión sponsal de la concepcionista alcanza un gran vigor. La Sierva de Dios nos dice: “Para que la concepcionista pueda llegar a comprender en parte, el gran valor que inserta en su vida y persona compartiendo en una intimidad sponsalicia el amor de Jesús, ha de tratar de adherirse íntimamente a María para que Ella le ayude a enamorarse de Jesús” (cfr. *Estatutos* 26, 1)¹⁷. La transformación de la concepcionista conduce a la complementación con sólo Dios. Esta castidad no se entiende sin el Esposo Redentor, que ha elegido a la concepcionista, pero al que ésta, también ha de elegir sponsalmente. Para ello cuenta con un poderoso medio, la Inmaculada, de quien ha de reproducir su virginidad purísima en el obrar, en los juicios, en el corazón, en los deseos, en los afectos, en la voluntad para regeneración de sí y de los hombres.

Con María, la Sierva del Señor, y unida al espíritu del Magnificat, la concepcionista ha de considerar que la riqueza de su vida se encuentra en Dios y por ello, ha de ir despojándose de todo aquello que no es Dios para alcanzar aquella libertad con la que la Virgen ha es-

17. DE JESÚS EGIDO, SOR M., o. c., p. 297.

cogido y aceptado libremente los designios divinos. Vacío de las cosas, a esto tiende el despojo de la concepcionista. Y es también la Inmaculada la que hace experimentar a la concepcionista la pobreza de Cristo que ha liberado al hombre por su Encarnación y por su Pascua de las tres pobreza en que el hombre había caído por el pecado original: de la carencia de Dios, de libertad y del desorden moral.

La concepcionista realiza su oblación por medio de la clausura, según el deseo de su fundadora, Santa Beatriz. Así, el monasterio se convierte en el recinto de búsqueda continua del Dios que sólo puede saciar su alma. Por todo ello, el silencio y la soledad monásticos son instrumentos imprescindibles para la unión y configuración con el Divino Esposo. Silencio creativo sanador de la propia mente, gestador de la Palabra de Dios, que ilumina la vida espiritual, pacificador, que propicia el ámbito de encuentro con Dios y de búsqueda, que consuma dicho encuentro. Esta clausura también se nutre principalmente de la oración, de la Lectio divina, de la liturgia, en especial de la Santa Misa y el culto eucarístico fuera de ella, el Oficio divino, el sacramento de la penitencia y la mortificación, que hace más vigorosa la fe en Cristo, conduce al crecimiento del amor y lleva a su fin la redención. En este sentido apunta la Sierva de Dios: "Así nos desea el Señor para Él, puras e íntegras. Purificadas [...] Como el lirio entre cardos así hemos de florecer para Dios. Totalmente segregadas del mundo, como María, nuestra Madre Inmaculada, "Huerto cerrado", "Fuente sellada", "Buscadora de Dios", la del corazón contemplativo, en eterno silencio adorador ante la Palabra divina, la "Pacificada", que nos entregó al "Príncipe de la paz", la de la "vida orientada plenamente a Dios (cfr. *Estatutos* 46, 3)"¹⁸.

Estos votos monásticos la concepcionista los profesa incorporándose a una comunidad. La espiritualidad concepcionista exige de cada una de las monjas un constante esfuerzo y generosidad en la vivencia de la comunión monástica, prolongación del amor trinitario al crear al hombre a su imagen y semejanza y del amor supremo de Cristo hasta la muerte. La comunidad concepcionista es la de la nueva creación, donde cada uno de sus miembros están unidos como María Inmaculada lo estuvo a su Hijo. Para ello es necesaria una continua purificación y superación en las virtudes cristianas.

Por último, el libro nos presenta el broche final, la realización máxima de todos los anhelos de la concepcionista: María Inmacula-

18. *Ibid.*, p. 477.

da. En esta parte, la reflexión es un canto de alabanza a la “Toda Hermosa”. Es la misma oblación a la Virgen Inmaculada, la que conduce a su veneración e imitación por parte de la concepcionista. Ella es la única criatura en la que Dios salvaguardó su primer pensamiento de santidad sobre el hombre. La transformación en Cristo por medio de María es la “forma” de la espiritualidad concepcionista, que otorga a la orden una fisonomía específicamente mariana. La concepcionista mira a la Virgen como esclava del Padre, Discípula perfecta de Cristo y receptáculo del Espíritu Santo. La imitación de las virtudes de la Virgen hace que su santidad influya en la concepcionista y la prepare para que el Espíritu Santo haga de ella un alma pura, con los rasgos de María y entregada, como Ella, a su acción santificadora. “La concepcionista no se puede santificar si no es viviendo con María el misterio de su santidad original, su pureza inmaculada”¹⁹.

IV. EPÍLOGO

Las hijas de la Sierva de Dios, conservan en las celdas del monasterio la inscripción “Tu vida ha de ser redención para los demás”. No podemos sino acabar cantando las excelencias de la Virgen Madre en el misterio de su Limpia Concepción y las glorias de la orden benditísima de Beatriz de Silva. María Inmaculada ha sido la primera beneficiaria de los frutos de la redención y de una manera extraordinaria, pues ha sido preservada de toda mancha de pecado. Ya hemos visto cuánta riqueza espiritual se concentra en el carisma concepcionista. De éste manantial de aguas puras siguen bebiendo las concepcionistas, a ejemplo de la fundadora, la savia de su propia vocación.

Pero esta espiritualidad tan antigua y tan nueva, puede ser también programa de vida para otros cristianos de nuestro mundo actual, tan necesitado de Dios. Éstos y aquellas han de prolongar en este mundo la redención de Cristo, por quien recibimos la vida divina, siendo para los hombres bálsamo y medicina que los arrastren hacia Dios. Nuestra Madre Inmaculada, fiel intercesora ante el Dios Trino, ayude a todos los hombres, a retornar al amor del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

19. DE JESÚS EGIDO, SOR M., o. c., p. 482.